

# LEE CHILD

## ESCUELA NOCTURNA

UNA NOVELA DE JACK REACHER

TRADUCCIÓN DE ALDO GIACOMETTI

**blatt & ríos**

# ESCUELA NOCTURNA

LEE CHILD

Traducción de Aldo Giacometti

**blatt & ríos**

# Índice

Cubierta  
Portada  
Dedicatoria  
Uno  
Dos  
Tres  
Cuatro  
Cinco  
Seis  
Siete  
Ocho  
Nueve  
Diez  
Once  
Doce  
Trece  
Catorce  
Quince  
Dieciséis  
Diecisiete  
Dieciocho  
Diecinueve  
Veinte  
Veintiuno  
Veintidós  
Veintitrés  
Veinticuatro

Veinticinco  
Veintiséis  
Veintisiete  
Veintiocho  
Veintinueve  
Treinta  
Treinta y uno  
Treinta y dos  
Treinta y tres  
Treinta y cuatro  
Treinta y cinco  
Treinta y seis  
Treinta y siete  
Treinta y ocho  
Treinta y nueve  
Cuarenta  
Cuarenta y uno  
Cuarenta y dos  
Cuarenta y tres  
Cuarenta y cuatro  
Cuarenta y cinco  
Sobre el autor  
Créditos

*Dedicado con un agradecimiento sincero  
a los hombres y mujeres de todo el mundo  
que hacen de verdad estas cosas*

## UNO

A la mañana a Reacher le dieron una medalla, y a la tarde lo mandaron otra vez a la escuela. La medalla era otra Legión al Mérito. La segunda que recibía. Era un artículo hermoso, esmaltado en blanco, con una cinta a mitad de camino entre el violeta y el rojo. La resolución del Ejército 600-8-22 autorizaba esta condecoración por conducta excepcionalmente meritoria en la realización de servicios y logros extraordinarios a los Estados Unidos en una posición clave de responsabilidad. Un objetivo que Reacher había superado, técnicamente. Pero se figuró que el verdadero motivo por el cual la estaba recibiendo era el mismo motivo por el cual la había recibido antes. Era una transacción. Una prenda contractual. *Toma el adorno y mantén la boca cerrada con respecto a lo que te pedimos que hicieras para obtenerlo.* Algo que Reacher de todos modos habría hecho. No era nada para alardear. Los Balcanes, trabajo policial, buscar a dos hombres locales que manejaban secretos de los tiempos de guerra, a los cuales enseguida se los identificó, y se los localizó, y se los visitó, y se les disparó en la cabeza. Todo parte del proceso de paz. Se sirvieron intereses, y la región se calmó un poco. Dos semanas de su vida. Cuatro balas. Nada especial.

La resolución del Ejército 600-8-22 era sorprendentemente imprecisa en cuanto a cómo se tenían que entregar exactamente las medallas. Solo decía que las condecoraciones se debían otorgar con un ambiente apropiado de formalidad y con una ceremonia adecuada. Lo

cual por lo general significaba una sala grande con mobiliario dorado y unas cuantas banderas. Y un oficial de rango más alto que quien la recibía. Reacher era mayor, con doce años de servicio, pero esa mañana también se estaban entregando otros premios, incluyendo tres a un trío de coroneles y dos a un par de generales de una estrella, por lo que entre los presentes el más pesado era un tres estrellas del Pentágono, a quien Reacher conocía de hacía muchos años, cuando el tipo había sido comandante de un escuadrón del Departamento de Investigaciones Criminales trabajando fuera de Fort Myer. Un pensador. Sin duda lo suficientemente pensador como para saber por qué un mayor de la Policía Militar estaba recibiendo una Legión al Mérito. Tenía en los ojos una mirada específica. En parte irónica y en parte seria estilo “cerremos el trato”. *Toma el adorno y mantén la boca cerrada.* Quizás en el pasado el tipo había hecho lo mismo. Quizás más de una vez. En el pecho izquierdo de su saco clase A tenía toda una ensalada de frutas de condecoraciones. Incluyendo dos Legiones al Mérito.

El salón adecuadamente formal estaba al fondo de Fort Belvoir en Virginia. Que era cerca del Pentágono, lo cual era conveniente para el tres estrellas. Conveniente también para Reacher, porque estaba casi igual de cerca de Rock Creek, donde había estado haciendo tiempo desde que había regresado. No tan conveniente para los demás oficiales, que habían llegado en avión desde Alemania.

Fueron y vinieron, y conversaron un poco de esto y aquello, y se dieron las manos, y después todos se quedaron en silencio y alineados y en posición de firmes, e intercambiaron los saludos, y se colocaron o abrocharon diversamente las medallas, y después otra vez fueron y vinieron y conversaron de esto y aquello y se dieron las manos. Reacher se fue acercando lentamente hacia la puerta, con ganas de irse, pero el tres estrellas lo

interceptó antes de que llegara allí. El tipo le dio la mano y lo agarró del codo, y le dijo:

—Escuché que va a recibir nuevas órdenes.

—Nadie me dijo nada —dijo Reacher—. No todavía. ¿Dónde lo escuchó?

—Mi sargento superior. Están todo el tiempo hablando. Los suboficiales del Ejército de los Estados Unidos tienen el radio pasillo más eficiente del mundo. Nunca deja de sorprenderme.

—¿Adónde dicen que voy a ir?

—No lo saben con seguridad. Pero no lejos. Cerca de aquí. Aparentemente la flota recibió un requerimiento.

—¿Cuándo se supone que me notifiquen?

—En algún momento del día de hoy.

—Gracias —dijo Reacher—. Bueno saberlo.

El tres estrellas le soltó el codo, y Reacher se siguió acercando lentamente hacia la puerta, y la cruzó, y salió al pasillo, donde un sargento primero patinó un poco hasta quedar en posición de firmes y saludó. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido una gran distancia. Desde un lugar dentro del perímetro de las instalaciones pero alejado, quizás, donde se llevaba a cabo el verdadero trabajo.

—Señor, con las felicitaciones del general Garber, le solicita que se presente en su oficina tan pronto como le sea posible —dijo el tipo.

—¿Adónde voy, soldado? —dijo Reacher.

—Cerca de aquí —dijo el tipo—. Pero teniendo en cuenta donde estamos, eso podría significar muchas cosas distintas.

La oficina de Garber estaba en el Pentágono, por lo que a Reacher lo llevaron allí en coche dos capitanes que vivían en Belvoir pero que trabajaban en el turno tarde en el anillo B. Garber tenía una oficina cerrada propia, dos anillos adentro, dos pisos arriba, custodiada por un sargento en un escritorio delante de la puerta. Que se puso

de pie y acompañó a Reacher a la oficina, y anunció su nombre, como un mayordomo de los de antes en una película. Después el tipo dio un paso al costado e inició la retirada, pero Garber lo detuvo y dijo:

—Sargento, me gustaría que se quedara.

Así que el tipo se quedó, en posición de descanso, los pies plantados en el linóleo brillante.

Un testigo.

—Tome asiento, Reacher —dijo Garber.

Reacher tomó asiento, en una silla para visitas, con patas tubulares, que se hundió bajo su peso y lo reclinó hacia atrás, como si estuviera soplando un fuerte viento.

—Tiene nuevas órdenes —dijo Garber.

—¿Qué y dónde? —dijo Reacher.

—Va a volver a la escuela.

Reacher no dijo nada.

—¿Decepcionado? —dijo Garber.

Por eso el testigo, supuso Reacher. No una conversación privada. Los mejores modales. Dijo:

—Como siempre, general, me alegra ir a donde el Ejército me envíe.

—No se lo escucha alegre. Pero debería estarlo. El desarrollo profesional es algo maravilloso.

—¿Qué escuela?

—Se le están enviando los detalles a su oficina mientras estamos aquí hablando.

—¿Cuánto tiempo permaneceré allí?

—Depende de cuánto se esfuerce. Supongo que el tiempo que sea necesario.

Reacher se subió a un autobús en el estacionamiento del Pentágono y viajó dos paradas hasta la base de la colina al pie del cuartel general de Rock Creek. Subió la cuesta caminando y fue directo a su oficina. Había un expediente delgado centrado sobre el escritorio. Llevaba el nombre de él, y algunos números, y el nombre de un curso: *El impacto*

*de la innovación forense reciente en la cooperación interagencial.* Dentro había algunas hojas, aún tibias de la fotocopidora, incluyendo una notificación formal de un destino temporario a un lugar que parecía ser unas instalaciones alquiladas en un parque empresarial en McLean, Virginia. Tenía que reportarse allí antes de las cinco de esa misma tarde. Tenía que ir vestido de civil. Los cuarteles residenciales estarían allí mismo. Le darían un vehículo personal. Sin chofer.

Reacher se acomodó el expediente bajo el brazo y salió del edificio. No le interesaba a nadie. Ya no. Era una decepción. Un anticlímax. El radio pasillo de suboficiales había contenido el aliento, y lo único que había recibido era un curso insignificante con un título de porquería. Para nada emocionante. Por lo que ahora era una no persona. Fuera de circulación. Fuera de la vista, fuera de los pensamientos. Como un jugador de béisbol en la lista de lesionados. En un mes alguien de golpe podría llegar a recordarlo por un segundo, y preguntarse cuándo volvería, o si volvería, y después volver a olvidarlo igual de rápido.

El sargento de guardia puertas adentro alzó la vista, y miró para otro lado, aburrido.

Reacher tenía muy poca ropa civil, y algunas de esas prendas no eran realmente civiles. Sus pantalones para cuando no estaba de servicio eran unos caquis del Cuerpo de Marines de hacía alrededor de treinta años. Conocía a un tipo que conocía a un tipo que trabajaba en un depósito, donde decía que había un lote de cosas viejas devueltas por error cuando Lyndon B. Johnson era presidente, y que después nunca las habían vuelto a inventariar. Y aparentemente el punto de la historia era que los pantalones viejos de los marines eran casi iguales a pantalones nuevos de Ralph Lauren. No es que a Reacher le importara a qué se parecieran los pantalones. Pero cinco dólares era un precio atractivo. Y los pantalones estaban

bien. Nuevos, nunca despachados, bien doblados, con algo de olor a humedad, pero buenos al menos por otros treinta años.

Sus camisetas para cuando no estaba de servicio no eran más civiles que los pantalones, ya que eran viejos artículos del Ejército, pálidas y gastadas por los lavados. Solo su chaqueta era definitivamente no militar. Era un artículo de jean marrón claro marca Levi's, totalmente auténtico en cada uno de sus aspectos, incluida la etiqueta, pero cosido por la madre de una vieja novia, en un sótano en Seúl.

Se cambió y empacó el resto de sus cosas en un bolso y un portatrajes, que cargó hasta el cordón de la vereda, junto al cual había un Chevy Caprice negro estacionado. Supuso que era un viejo coche blanco y negro de la Policía Militar, pasado a retiro, con las calcomanías despegadas y los agujeros para las balizas y las antenas sellados con tapones de goma. Tenía la llave puesta. El asiento estaba gastado. Pero el motor arrancó, y la caja de cambios funcionaba, y los frenos estaban bien. Reacher hizo girar el armatoste como maniobrando un buque de guerra, y salió en dirección a McLean, Virginia, con las ventanillas bajas y la radio encendida.

El parque empresarial era uno de tantos, todos iguales, marrones y beige, tipografías discretas, céspedes prolijos, algunos árboles de hojas perennes, complejos de edificios bajos de dos o tres pisos extendiéndose hacia afuera en tierras vacías, personal escondido detrás de nombres modestos e insípidos y cristales tintados en las ventanas de sus oficinas. Reacher encontró el lugar indicado por el número de la calle, y se detuvo pasando un letrero alto por las rodillas que decía *Soluciones Educativas Sociedad Anónima* en una tipografía tan sencilla que parecía infantil.

Estacionados en la puerta había otros dos Chevy Caprice. Uno era negro y el otro era azul marino. Los dos eran más nuevos que el de Reacher. Y los dos eran apropiadamente

civiles, en cuanto que no tenían tapones de goma o puertas pintadas con brocha. Eran sedanes del gobierno, sin duda, limpios y brillantes, cada uno con dos antenas más de las que una persona necesita para escuchar el partido de béisbol. Pero las dos antenas extra no eran las mismas en ambos casos. El coche negro tenía agujas cortas y el coche azul tenía fustas más largas, con una configuración distinta. Con una longitud de onda distinta. Dos organizaciones diferentes.

*Cooperación interagencial.*

Reacher estacionó al lado, y dejó los bolsos en el coche. Entró por la puerta, a un vestíbulo vacío, que tenía en el piso una alfombra gris resistente y contra las paredes aquí y allá helechos en macetas. Había una puerta en la que se leía *Oficina*. Y otra puerta en la que se leía *Aula*. Que Reacher abrió. Había un pizarrón verde al frente del salón, y veinte pupitres universitarios, en cuatro filas de cinco, con un pequeño tablero a la derecha, para lápiz y papel.

Sentados en dos de los pupitres había dos tipos, los dos de traje. Un traje era negro, y el otro traje era azul marino. Como los coches. Los dos tipos estaban mirando al frente, como si hubieran estado hablando, pero como si se hubiesen quedado sin nada para decir. Tenían más o menos la misma edad que Reacher. El del traje negro tenía la piel pálida con cabello oscuro peligrosamente largo para alguien con un auto del gobierno. El del traje azul también era pálido con cabello incoloro corto rapado. Como un astronauta. Con la contextura física de un astronauta, también, o un gimnasta retirado no hacía mucho.

Reacher entró, y los dos se dieron vuelta para mirar.

—¿Quién eres? —dijo el de cabello oscuro.

—Eso depende de quién eres tú —dijo Reacher.

—¿Tu identidad depende de la mía?

—Si te digo o no. ¿Los coches que están ahí afuera son de ustedes?

—¿Es significativo?

—Sugestivo.

—¿De qué manera?

—Porque son distintos.

—Sí —dijo el tipo—. Esos son nuestros coches. Y sí, estás en un aula con dos representantes distintos de dos agencias gubernamentales distintas. En la escuela de cooperación. Donde nos van a enseñar todo acerca de cómo llevarnos bien con otras organizaciones. Por favor no me digas que eres de una de esas organizaciones.

—Policía Militar —dijo Reacher—. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que para las cinco en punto tendremos aquí mucha gente civilizada. Puedes desistir conmigo y llevarte bien con ellos.

El del pelo rapado alzó la vista y dijo:

—No, yo creo que somos nosotros tres. Creo que no hay nadie más. Hay solo tres dormitorios preparados. Eché un vistazo.

—¿Qué clase de escuela gubernamental tiene solo tres estudiantes? —dijo Reacher—. Nunca escuché nada así.

—Quizás somos el cuerpo docente. Quizás los estudiantes viven en otra parte.

—Sí, eso tendría más sentido —dijo el tipo de cabello oscuro.

Reacher hizo memoria, a la conversación en la oficina de Garber. Dijo:

—El que habló conmigo lo llamó desarrollo profesional. Tengo la fuerte impresión de que voy a estar del lado de los que reciben, no del de los que dan. Ahí pareció sugerir que podía terminar rápido si me esforzaba. Por lo que no creo ser parte del cuerpo docente. ¿Las órdenes que ustedes recibieron sonaban distinto?

—No tanto —dijo el del corte rapado.

El de pelo largo no respondió, pero se encogió marcadamente de hombros de manera especulativa en un gesto que parecía concederle a una persona con una fuerte

imaginación el margen para que interpretara sus órdenes como menos que impresionantes.

—Me llamo Casey Waterman, FBI —dijo el del corte rapado.

—Jack Reacher, Ejército de los Estados Unidos.

—John White, CIA —dijo el de pelo largo.

Se dieron las manos, y después cayeron en el mismo tipo de silencio que Reacher había oído al entrar. Se habían quedado sin cosas para decir. Se sentó en un pupitre cerca del fondo del salón. Waterman estaba delante de él a la izquierda y White estaba delante de él a la derecha. Waterman estaba muy quieto. Pero atento. Estaba pasando el tiempo y conservando su energía. Ya lo había hecho antes. Era un agente experimentado. Ningún principiante. Y tampoco White, a pesar de que era distinto en todos los demás aspectos. White no se quedaba nunca quieto. Se estrujaba y retorció y restregaba las manos, y entornaba los ojos a la nada, de manera variable, enfocando lejos, enfocando cerca, a veces los entrecerraba y hacía muecas, mirando a la izquierda, mirando a la derecha, como atrapado en una secuencia de pensamientos tortuosa, sin salida. Un analista, supuso Reacher, después de muchos años en un mundo de información poco confiable e intrigas dobles, triples y cuádruples. Tenía derecho a mostrarse un poco inquieto.

Nadie habló.

Cinco minutos más tarde Reacher rompió el silencio y preguntó:

—¿Hay alguna historia de nosotros no llevándonos bien? El FBI, quiero decir, y la CIA y la Policía Militar. No estoy al tanto de ninguna cosa seria. ¿Ustedes?

—Creo que estás sacando la conclusión equivocada —dijo Waterman—. No tiene que ver con la historia. Tiene que ver con el futuro. Saben que somos cooperativos. Lo cual les permite explotarnos. Piensa en la primera mitad del nombre del curso. Esto tiene que ver tanto con innovación

forense como con cooperación. E innovación significa que van a ahorrar dinero. Vamos a cooperar incluso más en el futuro. Compartiendo espacio de laboratorio. Van a construir un lugar nuevo y lo vamos a usar todos. Apuesto a que es eso. Estamos acá para que nos digan cómo hacer que funcione.

—Eso es una locura —dijo Reacher—. Yo no sé nada de laboratorios ni de planificación. Soy la última persona para eso.

—Yo también —dijo Waterman—. No es mi fuerte, para ser honesto.

—Esto es peor que una locura —dijo White—. Es una pérdida de tiempo colosal. Están sucediendo muchas cosas mucho más importantes. Estrujando y retorciendo y restregando las manos.

—¿Los sacaron de algún trabajo para traerlos acá? —preguntó Reacher—. ¿Dejaron cosas sin terminar?

—De hecho, no. A mí me tocaba una rotación. Recién terminé con algo. De manera exitosa, pensé, pero esta fue mi recompensa.

—Míralo del lado positivo. Te puedes relajar. Tómatelo con calma. Juega al golf. No tienes que aprender cómo hacer para que funcione. A la CIA no le importan para nada los laboratorios. Apenas si los usan.

—Voy a estar tres meses atrasado en el trabajo que debería estar empezando ahora mismo.

—¿Qué trabajo es?

—No te lo puedo decir.

—¿Quién lo está haciendo en tu lugar?

—Tampoco te lo puedo decir.

—¿Un buen analista?

—No lo suficientemente bueno. Se le van a escapar cosas. Podrían llegar a ser vitales. Son cosas imposibles de predecir.

—¿Qué cosas?

—No te lo puedo decir.

—Pero son cosas importantes, ¿no?  
—Mucho más importantes que esto.  
—¿Qué es lo que terminaste recién?  
—No te lo puedo decir.  
—¿Fue un servicio extraordinario a los Estados Unidos en una posición clave de responsabilidad?  
—¿Qué?  
—O palabras a tal efecto.  
—Sí, diría que sí.  
—Pero esta fue tu recompensa.  
—La mía también —dijo Waterman—. Estoy en el mismo barco. Podría repetir lo que él dijo palabra por palabra. Esperaba un ascenso. No esto.  
—¿Un ascenso por qué? ¿O después de qué?  
—Cerramos un caso importante.  
—¿Qué tipo de caso?  
—Una persecución, básicamente. De muchos años y muy fría. Pero lo logramos.  
—¿Un servicio para la nación?  
—¿De qué va esto?  
—Los estoy comparando a ustedes dos. Y no hay mucha diferencia. Son muy buenos agentes, de rango bastante alto, considerados leales y responsables y confiables, y por lo tanto les dan para hacer algo útil. Pero resulta que esta es su recompensa por hacerlo. Lo que significa una de dos cosas.  
—¿Qué cosas? —dijo White.  
—Quizás lo que hiciste era comprometedor para ciertos círculos. Quizás ahora se tiene que poder negar. Quizás ahora tienes que estar escondido. Fuera de la vista y fuera de los pensamientos.  
White negó con la cabeza. Dijo:  
—No, fue algo bien visto. Y estará bien visto durante años. Recibí una condecoración secreta. Y una carta personal del secretario de Estado. Y no hay necesidad de que se lo

niegue, porque era totalmente secreto. Ninguna persona de esos círculos sabía nada al respecto.

Reacher miró a Waterman y dijo:

—¿Hubo algo comprometedor en la persecución?

Waterman negó con la cabeza, y dijo:

—¿Cuál es la segunda posibilidad?

—Esto no es una escuela.

—¿Y entonces qué es?

—Un lugar al que mandan a buenos agentes que vienen de conseguir una victoria importante.

Waterman hizo una pausa. Un nuevo pensamiento. Dijo:

—¿Estás en la misma situación que nosotros? No veo por qué no lo estarías. ¿Por qué reclutar a dos iguales y no a tres?

Reacher asintió:

—Misma situación. Vengo de conseguir una victoria importante. No cabe duda. Recibí una medalla esta mañana. En una cinta alrededor del cuello. Por un trabajo bien hecho. Limpio y prolijo. Nada de lo que estar avergonzado.

—¿Qué tipo de trabajo era?

—Estoy seguro de que es clasificado. Pero tengo información confiable de que podría haber implicado a alguien que entró por la fuerza a una casa y le disparó al ocupante en la cabeza.

—¿Dónde?

—Una en la frente y una detrás de la oreja. Nunca falla.

—No, ¿dónde estaba la casa?

—Estoy seguro de que eso también es clasificado. Pero en el extranjero, imagino. Y tengo información confiable de que en el nombre había muchas consonantes. No demasiadas vocales, para nada. Y después el mismo alguien hizo lo mismo la noche siguiente. En otra casa. Todo por buenas razones. Y si sumo todo imaginaría que después de eso le iban a dar algo mejor que esto. Imaginaría que le

iban a dar algo de información acerca de su siguiente destino, al menos. Quizás incluso alguna opción.

—Exacto —dijo White—. Y mi opción no habría sido esta. Habría sido hacer lo que debería estar haciendo ahora.

—Lo cual suena desafiante.

—Muy.

—Lo cual es típico. Como recompensa, queremos un desafío. No queremos los requerimientos fáciles. Queremos algo mejor.

—Exacto.

—Quizás es así —dijo Reacher—. Permítanme que les haga una pregunta. Hagan memoria del momento en el que recibieron estas órdenes. ¿Fue en persona, o por escrito?

—En persona. Como correspondía, para algo así.

—¿Había una tercera persona en la sala?

—De hecho sí —dijo White—. Fue humillante. Una asistente administrativa, esperando para entregar una pila de papeles. Le dijo que se quedara. Estaba sencillamente ahí de pie.

Reacher miró a Waterman, que dijo:

—Lo mismo. Hizo que el secretario se quedara en la sala. Normalmente no lo habría hecho. ¿Cómo lo supiste?

—Porque a mí me pasó lo mismo. El sargento. Un testigo. Pero también un chisme. Esa era la cuestión. Todos se cuentan todo. En segundos todos sabían que no me iba a ningún lugar interesante. Simplemente un curso insignificante con un título de porquería. Instantáneamente pasé a ser noticia de ayer. Inmediatamente fuera del radar. Estoy seguro de que ahora se sabe por todas partes. Soy una no persona. Desaparecí en la niebla burocrática. Y quizás ustedes también. Quizás los asistentes administrativos y los secretarios del FBI tienen sus propias redes. Si es así, entonces nosotros tres ahora mismo somos las tres personas más invisibles del planeta. Nadie siente curiosidad por nosotros. Nadie ni siquiera se puede acordar

de nosotros. No hay nada más aburrido que el lugar en el que estamos ahora.

—Estás diciendo que están haciendo pasar completamente desapercibidos a tres agentes no relacionados pero en excelente estado. ¿Por qué?

—Desapercibidos no capta la idea. Estamos en clase acá. Somos completamente invisibles.

—¿Por qué? ¿Y por qué nosotros tres? ¿Cuál es la conexión?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que es un proyecto desafiante. Probablemente el tipo de cosa que tres agentes en excelente estado podrían llegar a considerar como una recompensa satisfactoria por sus servicios prestados.

—¿Qué es este lugar?

—No lo sé —dijo otra vez Reacher—. Pero no es una escuela. No tengo ninguna duda.

Exactamente a las cinco en punto dos camionetas negras salieron de la carretera, y pasaron junto al cartel alto por las rodillas, y estacionaron detrás de los tres Caprice, como una barricada, dejándolos atrapados. Dos hombres de traje bajaron de cada una de las camionetas. Servicio Secreto, o Cuerpo de Alguaciles. Los dos pares de hombres miraron brevemente alrededor, y se hicieron la seña de todo despejado, y se volvieron a meter en las camionetas para sacar a sus jefes.

De la segunda camioneta salió una mujer. Tenía un portafolio en una mano y una pila de papeles en la otra. Tenía puesto un vestido negro arreglado. Largo por las rodillas. Era el tipo de prenda que podía cumplir las dos funciones, de día con perlas en oficinas silenciosas de pisos altos y de noche con diamantes en cócteles y recepciones. Era mayor que Reacher, quizás diez años o más. Alrededor de cuarenta y cinco, pero en buena forma. Se la veía impecable. Tenía pelo rubio, no tan largo, acomodado en un

estilo natural y sin duda peinado con los dedos. Era más alta que el promedio, pero no más ancha.

Después, de la primera camioneta bajó un tipo que Reacher reconoció al instante. Su cara estaba en los diarios una vez por semana, y en televisión más que eso, porque además de tener cobertura por sus propios asuntos, aparecía en muchas fotos y videos de archivo, de reuniones de gabinete, y discusiones tensas en mangas de camisa en la Oficina Oval. Era Alfred Ratcliffe, el asesor de Seguridad Nacional. El favorito del presidente, cada vez que se trataba de cosas que podían llegar a no terminar bien. La persona indicada. La mano derecha. Los rumores decían que tenía cerca de setenta años, pero no los aparentaba. Un sobreviviente del viejo Departamento de Estado, históricamente querido y despreciado cuando los vientos cambiaban y él no, pero se había mantenido allí la suficiente cantidad de tiempo hasta que finalmente su perseverancia le agenció el mejor trabajo de todos.

La mujer se le unió y caminaron juntos, con los cuatro trajes todo alrededor de ellos, hasta las puertas de la recepción, que Reacher oyó que se abrían, y luego oyó pasos sobre la alfombra dura, y después todos entraron al aula, dos trajes se quedaron en la retaguardia, dos marcharon al frente hacia el pizarrón, seguidos por Ratcliffe y la mujer, y dándose la vuelta cuando ya no podían avanzar más, para quedar de frente al aula, exactamente igual que maestros al inicio de una clase.

Ratcliffe miró a White, y después a Waterman, y después a Reacher, mucho más atrás. Dijo:

—Esto no es una escuela.

## DOS

La mujer se agachó decorosamente doblando las rodillas y dejó en el piso el portafolios y la pila de papeles. Ratcliffe dio un paso hacia delante y dijo:

—A ustedes tres se los trajo aquí con pretextos falsos, obviamente. Pero no queríamos mucha fanfarria. Era mejor una pequeña distracción. Queremos evitar llamar la atención, si podemos. Al menos al principio.

Y después hizo una pausa, dramática, como invitando a hacer preguntas, pero nadie preguntó nada. Ni siquiera: ¿el principio de qué? Mejor escuchar la presentación completa. Siempre más seguro, con órdenes de arriba.

—¿Quién de ustedes puede explicar con palabras sencillas la política de seguridad nacional de esta administración? —preguntó Ratcliffe.

Nadie habló.

—¿Por qué no responden? —preguntó Ratcliffe.

Waterman se retiró detrás de una mirada de los mil metros, y White se encogió de hombros como diciendo que las inmensas complejidades obviamente excluían el lenguaje ordinario, y además ¿la noción de sencillez no era totalmente subjetiva, y por lo tanto necesitada de una ronda preliminar de discusión para ponerse de acuerdo en cuanto a las definiciones?

—Es una pregunta capciosa —dijo Reacher.

—¿Usted cree que nuestra política no se puede explicar de manera sencilla? —dijo Ratcliffe.

—Creo que no existe.

—¿Cree que somos incompetentes?

—No, creo que el mundo está cambiando. Mejor ser flexibles.

—¿Usted es el policía militar?

—Sí, señor.

Ratcliffe hizo una nueva pausa, y dijo:

—Hace poco más de tres años explotó una bomba en un garaje debajo de un edificio muy alto en la ciudad de Nueva York. Personalmente trágico para los muertos y heridos, claro está, pero desde una perspectiva global nada muy especial. Salvo que en ese momento el mundo se volvió loco. Mientras más nos acercábamos para mirar, menos veíamos y menos entendíamos. Aparentemente teníamos enemigos por todas partes, pero no sabíamos con seguridad quiénes eran, o dónde estaban, o por qué lo eran, o cuál era la conexión entre ellos, o qué querían, y sin duda no teníamos idea de qué harían a continuación. Estábamos en la nada. Pero al menos nos lo admitimos. Por lo tanto no perdimos el tiempo desarrollando políticas acerca de cosas sobre las que todavía ni siquiera habíamos oído hablar. Pensamos que eso generaría una sensación falsa de seguridad. Por lo que hasta el día de hoy nuestro procedimiento operacional estándar es correr como locos de un lado para el otro, lidiando con diez cosas al mismo tiempo, a medida que surgen y donde surgen. Perseguimos todo, porque es lo que tenemos que hacer. En poco más de tres años llega el nuevo milenio, con todas las capitales celebrando las veinticuatro horas, lo que hace que ese día se convierta en el mayor objetivo de propaganda en la historia del planeta Tierra. Tenemos que saber quiénes son estos tipos mucho antes de que llegue el momento. Todos ellos. Para no pasar nada por alto.

Nadie habló.

Ratcliffe dijo:

—No es que yo necesite justificarme ante ustedes. Pero tienen que entender la teoría. No hacemos ninguna

conjetura y no dejamos ni un rincón sin revisar.

Nadie preguntó nada. Ni siquiera: ¿tiene para nosotros algún rincón en mente? Siempre más seguro no hablar, a no ser que te hablen. Mejor sencillamente esperar.

Pero entonces Ratcliffe se dio vuelta en dirección a la mujer y dijo:

—Ella es la doctora Marian Sinclair, mi delegada. Ella completará la sesión informativa. Cada palabra que diga tiene mi respaldo, y por lo tanto también el del presidente. Cada palabra. Esto podría llegar a ser una absoluta pérdida de tiempo y no llevar a ningún lado, pero hasta que no estemos seguros de eso tiene exactamente la misma prioridad que todo lo demás. No se va a ahorrar ningún esfuerzo. Tendrán todo lo que necesiten.

Y después el tipo se fue sin mirar a nadie, entre dos trajes presurosos. Reacher los escuchó salir del vestíbulo, y escuchó que se encendía la camioneta y se iban. La doctora Marian Sinclair arrastró un pupitre de la primera fila y lo giró hasta que quedó mirando al resto del salón, y se sentó, toda brazos tonificados y pantimedias oscuras y buenos zapatos. Se cruzó de piernas y dijo:

—Acérquense.

Reacher fue hasta la tercera fila y se introdujo en un pupitre que lo dejó formando un semicírculo prolijo y atento con Waterman y White. La cara de Sinclair se veía abierta y honesta, pero pellizcada de estrés y preocupación. Estaban sucediendo cosas serias. Eso estaba claro. Quizás Garber le había dado una pista. *No se lo escucha alegre. Pero debería estarlo.* Quizás no estaba todo perdido. Reacher se figuró que White estaba llegando a la misma conclusión. Se estaba inclinando hacia delante, y sus ojos estaban fijos. Waterman estaba inmóvil. Conservando energía.

Sinclair dijo:

—Hay un departamento en Hamburgo, Alemania. Un vecindario de moda, razonablemente céntrico, bastante

caro, pero quizás un poco provisorio y corporativo. Durante el último año el departamento ha sido alquilado por cuatro hombres de entre veinte y treinta años. No alemanes. Tres son árabes, y el cuarto es iraní. Los cuatro aparentan ser muy laicos. Sin barba, pelo corto, bien vestidos. Se inclinan por las camisetas polo color pastel con insignias de cocodrilo. Usan relojes Rolex de oro y zapatos italianos. Conducen coches BMW y van a clubes nocturnos. Pero no van a trabajar.

Reacher vio que White asentía como para sí mismo, como si estuviera familiarizado con ese tipo de situaciones. No hubo reacción por parte de Waterman.

Sinclair dijo:

—Localmente los cuatro jóvenes son considerados playboys menores. Probablemente relacionados con ramas distantes de familias ricas y prominentes. Viviendo la loca juventud antes de volver a casa al ministerio de petróleo. Europeos ricos desagradables reglamentarios, en otras palabras. Pero nosotros sabemos que no lo son. Sabemos que fueron reclutados en sus países de origen y enviados a Alemania vía Yemen y Afganistán por una nueva organización de la cual todavía no sabemos mucho. Más allá de que parece estar bien financiada, ser fuertemente yihadista, ampliamente paramilitar en sus métodos de entrenamiento e indiferente a los orígenes nacionales. Árabes e iraníes trabajando juntos es infrecuente. Pero es lo que están haciendo. Se destacaron en los campos de entrenamiento y los enviaron a Hamburgo hace un año. Su misión fue insertarse en Occidente, vivir de manera tranquila y quedar a la espera de nuevas instrucciones. Que hasta el momento no han recibido. Son una célula durmiente, en otras palabras.

Waterman cambió de posición y dijo:

—¿Todo esto cómo lo sabemos?

—El iraní es nuestro —dijo Sinclair—. Es un doble agente. La CIA lo dirige desde el consulado de Hamburgo.

—Un muchacho valiente.

Sinclair asintió:

—Y es difícil encontrar muchachos valientes. Esa es una de las maneras en las que el mundo cambió. Los aspirantes a agentes encubiertos solían llegar solos a la embajada. Escribían cartas suplicando. A algunos solíamos rechazarlos. Pero esos eran viejos comunistas. Ahora necesitamos jóvenes árabes y no conocemos a ninguno.

—¿Por qué nos necesitan a nosotros? —dijo Waterman—. Es una situación estable. No se van a ir a ningún lado. Recibirán la orden de activación un minuto después que ellos. Asumiendo que el consulado se encarga del conmutador las veinticuatro horas.

Mejor escuchar la presentación hasta el final.

Sinclair dijo:

—Es una situación estable. No pasa nunca nada. Pero pasó algo. Hace unos días. Apenas una colisión mínima. Recibieron una visita.

Por sugerencia de Sinclair se mudaron del aula a la oficina. Dijo que el aula era incómoda, por los pupitres, lo cual era cierto, en especial para Reacher. Medía un metro noventa y cinco y pesaba ciento quince kilos. Más que estar sentado en el pupitre lo tenía puesto. Por el contrario la oficina tenía una mesa de conferencias con cuatro sillas reclinables de cuero. Cuya mejora del nivel de confort Sinclair pareció anticipar por completo. Lo cual tenía sentido. Era ella la que había alquilado el lugar, después de todo, probablemente el día anterior, o había hecho que un subsecretario lo hiciera de parte de ella. Tres camas, y cuatro sillas para las sesiones informativas.

Los hombres de traje esperaron afuera, y Sinclair dijo:

—Le sacamos a nuestro agente encubierto todos los detalles que tenía, y creemos que podemos confiar en sus conclusiones. La visita era otro árabe. La misma edad que ellos. Vestido igual que ellos. Algún producto en el pelo,

collar de oro, cocodrilo en la camiseta. No lo estaban esperando. Fue una sorpresa total. Pero tienen algo como la mafia, donde se los podría llamar para realizar algún servicio. La visita aludió a eso. Resultó ser lo que ellos llaman un correo. Nada que ver con los muchachos de la casa. Algo totalmente distinto. Solo que estaba de negocios en Alemania y necesitaba una casa segura. Que es siempre la opción preferida de un correo. Los hoteles dejan rastros, con el tiempo. Son muy paranoicos, porque estas nuevas redes están muy extendidas. Lo cual quiere decir que una comunicación segura es en teoría muy difícil. Creen que podemos escuchar sus teléfonos celulares, lo que probablemente sea cierto, y creen que podemos leer sus correos electrónicos, lo que estoy segura de que pronto podremos hacer, y saben que abrimos con vapor sus cartas. Por lo que en vez de eso usan correos, que en realidad son mensajeros. No llevan un portafolios atado a la muñeca. Llevan en la cabeza preguntas verbales y respuestas verbales. Van de un lado para el otro, de continente a continente, pregunta, respuesta, pregunta, respuesta. Muy lento, pero del todo seguro. Ninguna huella electrónica en ningún lado, nada escrito y nada que se pueda ver salvo un tipo con una cadena de oro que pasa por un aeropuerto, junto a otros millones iguales a él.

—¿Sabemos si Hamburgo era su destino final? —preguntó White—. ¿O era una escala en su viaje a algún otro lugar de Alemania?

—Tenía que hacer algo específicamente en Hamburgo —dijo Sinclair.

—Pero no con los muchachos de la casa.

—No, con otra persona.

—¿Sabemos quién lo envió? ¿Asumimos que la misma gente de Yemen y Afganistán?

—Creemos firmemente que fue la misma gente. Por otra circunstancia.

—¿Cuál? —dijo Waterman.

—Por una coincidencia estadísticamente no muy sorprendente, el mensajero conocía a uno de los árabes de la casa. Habían pasado tres meses juntos en Yemen, trepando sogas y disparando fusiles AK-47. Es un mundo pequeño. Por lo que ellos dos tuvieron breves conversaciones, y el iraní escuchó algunas.

—¿Qué fue lo que escuchó?

—El tipo estaba a la espera de una reunión que tendría lugar dos días después. Nunca se mencionó la ubicación, o al menos nunca se la escuchó, pero el contexto sugería que era razonablemente cerca de la casa segura. No tenía que dar un mensaje. Estaba ahí para que le dijeran algo. Una presentación del caso, dijo el iraní. Una posición inicial de algún tipo. Dice que quedaba claro por el contexto. El mensajero tenía que oír la presentación y llevarla de regreso en la cabeza.

—Suenan al inicio de una negociación. Como una primera oferta.

Sinclair asintió:

—Pensamos que el mensajero va a volver. Al menos una vez, con una respuesta por sí o por no.

—¿Tenemos alguna idea de qué se trata?

Sinclair negó con la cabeza:

—Pero es algo importante. El iraní está seguro, porque el mensajero era un guerrero de elite, igual que él. Tiene que haberse destacado en los campamentos, ¿si no de qué otro modo podría haber conseguido las camisetas tipo polo y los zapatos italianos y cuatro pasaportes? No era el tipo de persona que usa alguien sin importancia en ninguno de los dos extremos de la cadena. Era el tipo de mensajero que solo usan los cuadros ejecutivos.

—¿La reunión se concretó?

—En últimas horas de la tarde del segundo día. El tipo estuvo afuera durante cincuenta minutos.

—¿Y después qué?

—Se fue, a primera hora de la mañana siguiente.

—¿Ninguna otra conversación?

—Una más. Y una buena. El tipo lo contó. Lo dijo con todas las letras. Le contó a su amigo la información que estaba llevando. Así como así. No se pudo contener. Creemos que porque estaba impresionado. Por la magnitud. El iraní dijo que el tipo parecía estar muy excitado. Son muchachos de veinte años.

—¿Cuál era la información?

—Era el inicio de una negociación. Una primera oferta. Tal como el iraní pensó que sería. Corta y al pie.

—¿Qué dijo?

—Que el americano quería cien millones de dólares.

## TRES

Sinclair se sentó derecha y se acercó a la mesa, como para enfatizar sus puntos, y dijo:

—Por lo que se dice el iraní es muy inteligente y articulado y sensible a los matices del idioma, y el jefe de división lo repasó con él una y otra vez, y creemos firmemente que fue una simple enunciación declarativa. Durante esos cincuenta minutos el mensajero se encontró cara a cara con un americano. Varón, porque no hubo ningún comentario acerca de que fuera mujer, y lo habría habido, dice el iraní. Está totalmente seguro de eso. Durante el encuentro el americano le dijo al mensajero que quería cien millones de dólares. El precio a pagar por algo. Ese era claramente el contexto. Pero ese fue el fin de la transmisión. Qué americano, no sabemos. Cien millones a cambio de qué, no sabemos. Por parte de quién, no sabemos.

—Pero cien millones reduce el campo —dijo White—. Incluso en el caso de que sea una oferta inicial y que después la bajen a cincuenta, sigue siendo una buena cantidad de monedas. ¿Quién tiene esa clase de dinero? Mucha gente, dirán ustedes, pero al menos las puedes tener a todas en un mismo archivo.

—Al revés —dijo Reacher—. Mejor encontrar al vendedor que al comprador, sin duda. ¿Por qué clase de producto pagarían cien millones de dólares tipos que trepan sogas en Yemen? ¿Y qué clase de americano en Hamburgo tiene algo así para vender?

—Cien millones es mucho dinero —dijo Waterman—. Esa clase de precio me preocuparía un poco.

Sinclair asintió y dijo:

—Esa clase de precio nos preocupa mucho. Suena letalmente serio. Nunca escuchamos una cifra semejante. Por eso estamos trabajando en todos los canales que podemos. Hemos alertado a todos nuestros agentes de todo el mundo. Cientos de personas ya están trabajando seriamente. Pero necesitamos más. El trabajo de ustedes es encontrar a ese americano. Si todavía está en el extranjero, entonces la CIA tiene jurisdicción, y el señor White encabezará la iniciativa. Si ya está de regreso en Estados Unidos, el FBI tiene jurisdicción y el que estará al frente será el agente especial Waterman. Y como de acuerdo con las estadísticas la enorme mayoría de americanos en Alemania en un mismo momento son militares en servicio, creemos que podríamos llegar a necesitar al mayor Reacher para que intervenga con una o con ambas.

Reacher miró a Waterman, después a White, y les vio problemas en la mirada, y no tuvo dudas de que ellos vieron lo mismo en la mirada de él.

—El personal y los suministros llegarán por la mañana —dijo Sinclair—. Pueden tener lo que quieran, en cualquier momento. Pero no hablarán con nadie más que conmigo, con el señor Ratcliffe o con el presidente. Esta unidad está en cuarentena. Por más de que lo que quieran sea una caja de lápices, me lo piden a mí, al señor Ratcliffe o al presidente. Que en la práctica seré yo. El papeleo se hará en el Ala Oeste. No deben identificarse de manera personal. Porque cien millones de dólares es mucho dinero. No es imposible que el gobierno esté implicado. El americano podría pertenecer al Departamento de Estado, o al Poder Judicial, o al Pentágono. Podrían llegar a hablar por error con la persona equivocada. Por lo que no hablen con nadie. Esa es la regla número dos.

—¿Cuál fue la regla número uno? —dijo Waterman.